



CAPÍTULO XXII

Los navarros en Grecia

No es posible prescindir del gran cuadro que á fines del decimocuarto siglo nos ofrece el genio aventurero de los navarros, pugnando por establecer su dominio en la más privilegiada región de Levante. Si hasta hoy un suceso tan digno de inmortal gloria ha quedado oscurecido por el brillo de otro, algo anterior, realizado por los catalanes y aragoneses reunidos, no se busque la causa de tan injusta postergación en el escaso mérito de la empresa, sino en la desgracia de no haber tenido plumas que la celebraran. La suerte sin embargo quiere hoy reparar su pasada injusticia, y depara á la historia militar de Navarra una vindicación que ha de ser fecunda en resultados (1): un hijo

(1) Aludo al excelente trabajo que acaba de dar á luz en Barcelona el joven y muy erudito Doctor D. Antonio Rubió y Lluch, catedrático de Literatura general y española en aquella Universidad, bajo el título de *Los navarros en Grecia y el Ducado Catalán de Atenas en la época de su invasión*: monografía leída en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en las sesiones del 8 y 22 de Junio de 1885.

del país mismo que sostuvo en el *Oriente latino* la competencia del brío catalán contra el vasco-navarro, rindiendo al culto sagrado de la ciencia el hermoso homenaje de la imparcialidad, consagra á la hueste que bajo el reinado de Carlos *el Malo* fué á los mares de Grecia á formar una compañía más disciplinada y pujante que las de Du Guesclín y del Príncipe Negro, y á su esforzado caudillo Luís de Evreux, una narración histórica nueva, verídica, compulsada y casi completa, fruto precioso de meritisimas investigaciones, que equivale á un monumento alzado á héroe desconocido pero digno de perdurable memoria.

Desconocidos eran en verdad los singulares hechos que ahora por primera vez aparecen á la luz de la brillante evocación del joven historiógrafo, el cual con sobrado motivo escribe en su Introducción: *quizás ningún suceso de nuestra historia medieval ultramarina permanece más ignorado (permanecía hubiera dicho á no tener una excesiva modestia) ni más envuelto en tinieblas, aun para la generalidad de los consagrados á tal linaje de tareas, como el de la famosa expedición navarra á Grecia, realizada en las últimas décadas del revuelto siglo XIV.* «No bastan, advierte, las deficientes narraciones de nuestros historiadores (1): éstas, sobre ser muy incompletas, nada dicen de la duradera dominación de las bandas navarras en Morea: dominación que si no alcanzó á ser tan gloriosa y fuerte como la de los francos, catalanes é italianos, ni tuvo un carácter estable y organizado, ni fué nunca esencialmente nacional, en el sentido de que aquellas bandas llevaran allí las costumbres, el gobierno y la lengua de su patria, no por eso deja de ser un factor importante en la historia de aquel período, con el que tuvieron que contar cuantos se disputaron entonces el imperio del Peloponeso, ya se llamaran Fernández de Heredia ó Jaime de Baux, María de Bretaña ó Luís de Borbón, Amadeo de Saboya ó Clemen-

(1) El P. Alesón, continuador de los *Anales* del P. Moret; D. José Yanguas y Miranda, Zurita, etc.

te VII; ya fueran los Déspotas ó Príncipes griegos de Misithra, los Venecianos ó los florentinos Acciajuoli. No merecía tan injusto desdén la Compañía navarra que se la considerase únicamente cual una de tantas bandas errantes como las que recorrían en ese siglo XIV los reinos de Europa en busca de botín y sin otro incentivo que el oro y las riquezas, cual las Grandes Compañías ó las Compañías blancas de Francia; porque aunque al servicio del Infante D. Luís de Evreux primero, de Jaime de Baux después, de San Superan más tarde, y de Centurione Zaccaria últimamente, los navarros tuvieron existencia propia é independiente en la Morea, poseyeron numerosos feudos, se repartieron los restos territoriales de los señores francos, y fueron los verdaderos y únicos árbitros de los destinos de aquella península durante medio siglo. Ellos constituyeron la última estirpe de raza latina (1) que allí dominó; ellos retardaron por algunos años la caída del poder occidental en Oriente é hicieron bambolear el de los catalanes en los ducados griegos de Atenas y de Neopatria; á ellos les cupo en fin la triste suerte de recoger los últimos despojos de la conquista y hegemonía francas, y de presenciar sus postreras convulsiones de agonía (2). «Tal vez parezca á muchos tarea estéril la de averiguar los ignorados hechos de oscuros héroes gascones ó navarros que ninguna huella de su paso han dejado en las páginas, no ya de las vicisitudes de nuestra común madre España, pero ni aun en las mismas del antiguo reino de Navarra; mas no han de juzgarlo así los catalanes y aragoneses, á quienes ha de interesar forzosamente esa lucha intestina que con sus vecinos sostuvieron en los llanos del Ática y en las fragosidades de la Beocia, y que fué acaso el origen de la ruina de su dominación en aquellas regiones; ni tampoco los navarros, á los cuales no ha de serles indiferente

(1) Suponemos que habla el autor en concepto más geográfico que etnológico.

(2) *Introducción*, págs. 13 y 14.

saber que sus antepasados reinaron largo tiempo en la misma ciudad de Nestor y en la Mesenia, que hicieron famosa las guerras espartanas, y que en triunfal paseo recorrieron desde las costas de Albania y del reino de Pirro hasta la antigua Pylos, al sur del Peloponeso. Porque ¿qué pueblo no considerará como legítima gloria nacional el haber subyugado el suelo mismo de los héroes y de los dioses, la cuna de las artes y de las letras, el país de las bellas ficciones mitológicas, la tierra clásica del saber y del heroísmo, la morada de las Musas y de las Gracias? (1).»—Antes de referir sumariamente cómo se formó y qué hizo en Grecia la Compañía navarra, es menester decir algo de su esclarecido caudillo.

Era éste, según queda indicado, el Infante D. Luís de Evreux, conde de Bellemont ó de Beaumont, hijo tercero de los reyes D. Felipe de Evreux y D.^a Juana y hermano por consiguiente del rey D. Carlos *el Malo*. Durante las largas ausencias de éste, motivadas por sus reclamaciones y guerras en Francia, solía gobernar el reino, y aunque atento al bien de sus pueblos, las vicisitudes de la turbulenta época en que los partidarios de su hermano eran asesinados ó decapitados en París, y sus tropas por despecho lo llevaban todo á sangre y fuego en la *Isla de Francia*, y el canciller de Navarra Tomás de Ladit era arrastrado y arrojado al Sena, conmoviendo la parte de acá del Pirineo, dieron pretexto para que también en Navarra hubiese descontento y desmanes: los labradores de Falces se le sublevaron en 1358, y á duras penas pudo sustraerse de la furia de los amotinados con el auxilio de un honrado vecino (2). Era este príncipe tan resuelto y animoso en los combates cuanto mesurado y prudente en el gobierno: en los años 1364 y 1365, inmediatamente anteriores á la época en que cesa la guerra con

(1) *Ibid.*, p. 15.

(2) Á quien recompensó luégo, diciendo en su cédula que lo hacía porque *nos guió é mostró camino de salir de entre las gentes de la dicta villa, que contra Nos venían con armas*. V. á Yanguas, *Diccionario de Antigüedades*, art. «Beaumont».

Francia para trasladar su triste teatro á España con motivo de la sangrienta competencia entre D. Enrique y D. Pedro de Castilla, le vimos ya penetrar en la Auvernia talando y robando el país, y tomar por medio de hábil sorpresa la Charité, y acabar felizmente otras empresas; después de las cuales, con la misma actividad, lleva sus compañías de navarros á Normandía á poner en conflagración aquella tierra (1). Terminemos con algunas pinceladas el retrato del hombre.—El ser tan dado á la guerra y estrenuo en todos los ejercicios bélicos, no le impedía dedicarse con ardor á la caza: en aquel mismo año 1358, tan revuelto en Francia y en Navarra, mandaba al recibidor de Sangüesa que pagase á Jemen Martínez de Leoz 3 cahíces de trigo por el gasto de dar de comer *á los perros que solían cazar de noche, et por doctrinar et criar los dictos perros*; lo cual significa que se ocupaba en hacer adquirir á sus perros cualidades no comunes (2). Habitaba en Pamplona en las casas que tenía el rey en el barrio de San Gregorio (3). Disfrutaba una renta de 4000 florines, que le asignó Carlos *el Malo* para sus gastos en 1362 (4). Para la guerra con Aragón, en 1363, llevó el Infante D. Luís 41 moros escogidos de Tudela. En aquella guerra fué hecho prisionero, y su hermano el rey, por vía de represalias, hizo prender á todos los trajineros y mercaderes aragoneses que estaban en Navarra, sin exceptuar á sus hijos, dando lugar á que hicieran

(1) En el *Arch. de Comp.* encontramos abundantes rastros de aquella expedición á Normandía en el año 1365. Citaremos sólo dos documentos: «Libro del Gasto de afretar la Nave en que pasó el Infante D. Luís á Normandía; y Gasto echo en las Provisiones de trigo, pipas... carneros, merluz seco y de otras cosas, que fueron conducidas para la Guerra que el Rey tubo en dicha Tierra de Normandía en el año 1365.» Caj. 13, n.º 15.—«Gastos echos por el Infante Don Luís y sus compañías, y la razon de las cosas y vitualla que Jimeno de Bruslada puso en la Nave en que pasó el Señor Infante á Tierras de Normandía en el año 1365.» Caj. 19, n.º 18.—He creído deber citar estos documentos por cuanto Yanguas no hizo mención de esta guerra de Normandía del año 1365 ni en su *Historia compendiada*, ni en su *Diccionario de Antigüedades*.

(2) Caj. 38, n.º 16.

(3) Caj. 14, n.º 8.

(4) Caj. 15, n.º 29.

otro tanto los aragoneses con los navarros (1). En 1364 el rey D. Carlos le nombró virrey y lugarteniente general de sus Estados en Francia.—Y llegamos á la época (1366) en que se concierta su matrimonio con Juana de Sicilia, duquesa de Durazzo, hija de Carlos de Sicilia, segundo duque de este Estado y titulado Señor del reino de Albania: enlace que abre nuevos horizontes á su ambición y espíritu caballeresco: dado que no se le hubieran abierto ya otras circunstancias ó sujestiones que aún permanecen ignoradas, si es cierto, según se ha afirmado modernamente (2), que ya desde el año 1365 hacía el Infante de Navarra preparativos para una guerra contra los albaneses.

Nada se sabe acerca de la fecha cierta en que D. Luís de Evreux dejó á Navarra para trasladarse á Nápoles, residencia habitual de su esposa, ni cuánto tiempo permaneció allí, ni en qué año comenzó la campaña para recuperar los Estados de aquella; lo único que consta es que llevó consigo á dicha capital una lucida hueste de 800 navarros y gascones, en su mayor parte de la nobleza del reino, con los cuales se juntaron luégo otros muchos navarros, sabedores de la especial confianza que en ellos ponía, ya para guardias de su persona, ya para los presidios de las plazas de que era dueño en el mediodía de Italia. Última heredera de la rama menor de la poderosa y turbulenta casa de Anjou, Juana de Sicilia, al dar su mano á D. Luís, le comprometía á intervenir en todos los conflictos promovidos, ya por los anjevinos, ya por sus émulos, en la peligrosa empresa de la conquista de Constantinopla y de la corona latina de Bizancio, sueño constante de la estirpe á que acababa de unirse desde el famoso tratado de Viterbo del año 1267, legado costoso de los Courtenay. Si los proyectos colosales de la conquista que había acariciado la casa de Anjou se tenían por desvanecidos, los prín-

(1) Caj. 17, n.º 75.—Caj. 87, n.º 69.

(2) HOFF, *Griechenland*, VII, p. 34, citado por Rubió y Lluch en su capítulo I, p. 24, not. 1.

cipes franceses de esta familia, convertidos en reyes de Italia, llegaron al menos á poseer vastas y ricas provincias en el territorio del desmembrado Imperio griego. Casi siglo y medio reinaron en la Morea y dominaron en una parte de las islas Jónicas, en Corfú y en Lepanto, en las costas del Epiro, en la Etolia y la Acarnania, y hasta en la Albania y en el ducado de Durazzo, verdadera espina clavada en el corazón del poderío veneciano (1). Este Ducado entró en 1332 en la línea menor anjevina, que era la de Gravina, por cambio que hizo el príncipe Juan de este apellido con la emperatriz titular Catalina de Valois y su hijo Roberto de Tarento, dándoles su principado de Acaya. Entonces tomó Juan Gravina los títulos de Duque de Durazzo y Señor de Albania. Á Juan sucedió su primogénito Carlos en 1335, y decapitado por orden del rey de Hungría en 1348, entró á heredarle su hija menor Juana, que conservó el Ducado veinte años. Durazzo, la antigua *Dyrrachium*, ciudad mercantil rica y de estratégica posición por su fortaleza y por su proximidad á Italia, de la que sólo la separa el Adriático hacia su parte más angosta, era una verdadera joya, muy codiciada de Carlos Thopia el Albanés, que desde el año 1358 había echado á rodar en Acheloos el *Despotado* griego de Epiro y á su señor Nicéforo II, titulándose rey de Albania: el cual, creyéndola poco defendida en manos de una débil mujer, la asaltó, aunque infructuosamente á causa de una terrible peste que acometió á su ejército, en 1362, pero luégo con éxito en 1368, logrando apoderarse de ella. Casada ahora la duquesa Juana con el infante D. Luís de Evreux, desde 1366, preparábase á reconquistar el pequeño pero valioso Estado un príncipe temido, que contaba además con el auxilio de su hermano el rey de Navarra, y hasta con el de Carlos V de Francia, de quien había recibido para una campaña contra los albaneses muy considerable suma de dinero. Desde el 1369 el

(1) Rubió y Lluch citando á Schlunberger, *Les principautés franques du Levant*.

nuevo duque de Durazzo estaba ya en Italia con su esposa Juana, y comienzan por aquella época las comunicaciones entre él y Carlos *el Malo*, enviando el infante al rey con cierta *mandadería* á micer Juan de Roma, lombardo, y algún tiempo después el rey al infante á su camarlengo Bertrán de Sarrobera (1). Permanecen ignoradas las determinaciones que de resultas de estas inteligencias con su hermano pudiera tomar el infante D. Luís; pero hay un indicio de que en 1374 había ya inaugurado seriamente sus operaciones contra el usurpador albanés, y es la cuenta de los recibidores, bailes y merinos de las diversas merindades, de 24,000 libras otorgadas al rey Carlos *el Malo*, en dicho año, así para la ida á Francia del conde de Montayn D. Pedro de Navarra, *como por pagar las misiones de ciertas gentes darmas que el Rey imbió en Albania en ayuda del seynnor hermano del Rey, don Loys de Navarra, duc de Duraz*. Desde este año hasta el de 1376 siguen los envíos de gente y de dinero á Grecia para reforzar las compañías en que libra el infante su triunfo. Pero oigamos el bien digerido resumen trazado por el joven historiador catalán, que á su laboriosidad y talento debe hoy el formar á la cabeza de cuantos escritores nacionales y extranjeros han tratado de estos hechos, no aún dilucidados en todo su proceso: «Partieron del suelo de Navarra lucidas huestes de aventureros y nobles caballeros para unirse á su ejército (el del Duque de Durazzo), y entre ellos el famoso Mahiot de Coquerel (según le llaman los documentos de su nación), el futuro conquistador y primer gobernador navarro de la Morea. Desde 1374 hasta muy entrada la primavera de 1376, no cesan los preparativos, ni el movimiento de las gentes de armas, ni los préstamos de dinero pedidos por el rey á los recibidores, bailes y merinos de las Montañas, de la Ribera, Olite, Sangüesa, Estella, Ultrapuestos, Tudela y Bervinzana, en una palabra, á las merindades de todo

(1) *Arch. de Compt.*, t. 132 y 148, años 1369 y 1373: doc. cit. por Rubió y Lluch.

el reino; y no sólo éstas acuden en una ocasión con su importante socorro de 24,000 libras, sino que hasta elevadas dignidades de la Iglesia, como el cardenal Pedro Andreo, camarlengo de la de Pamplona, el cual apronta 1,400 francos, toman parte en el general entusiasmo que despierta la empresa de D. Luís, considerada poco menos que como nacional. Formaron en la expedición que salió de Navarra, para la cual puso el rey, á sus expensas, 100 hombres de armas, muchos caballeros y gente palaciega, gascones y navarros, y entre ellos Bertrán de Sarrobera; Pes de Laxaga, caballero; mosén Rislart de Pollenai, caballero; Miguel Galdiano, escudero de frutería del rey; Garro, baile de Cambra; Robinet de Pinquegui; Ochoa Despusque, escudero; Roger de Castelbon, caballero, con dos escuderos; el Señor de Castelnou, con dos escuderos también; Tercellet de Hanecourt, camarlengo del rey; Juan de Han, trinchante, y Mahieu ó Mahiot de Pinquegui, estos tres con diez soldados cada uno; Guyot de Arci, maestre de hostel del rey, con cuatro hombres de armas; Mahiot de Coquerel con treinta soldados, y con cincuenta Johanco de Urtuvia. Todos estos señores se aprestaron (á juzgar por las cuentas de los gastos y *misiones* hechos por el monarca para su alistamiento) en el espacio de tiempo que media entre las dos fechas de 25 de Febrero de 1375 á 24 de Abril de 1376.—Como más fácil y corto, hicieron por mar su viaje, recorriendo en pontones y barcas el Ebro desde Tudela hasta Tortosa, donde se embarcaron á principios del verano de 1376, pocos meses antes de la muerte del duque de Durazzo, y les guiaron y acompañaron en su paso por el territorio de la monarquía catalano-aragonesa, Roger de Caspe, caballero del rey de Aragón, y Juan Pintano su pontonero. El número total de gentes de armas ascendía, según parece, á 400 hombres, y éste fué sin duda el último refuerzo que recibió el infante de Navarra y que constituyó con sus anteriores tropas, á las que se agregaron no pocos soldados italianos, el núcleo de la famosísima Compañía navarra. Despréndese claramente de estos cortos